

B0032
CENTRO E. H. P. "GENERAL ZUMALACARREGUT"

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO EN 1972

Separatas no comerciables

EDICIONES MONTEJURRA
SEVILLA - 1973

1. ANTONIO APARISI Y GULJARRO
EN 1972

Por FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

1. TRADICIONALISMO Y NACIONALISMO.

La originalidad del pensamiento político de APARISI Y GUIJARRO, que es, al mismo tiempo, su legado doctrinal, radica en haber partido del concepto de Tradición y no de la idea de nación para la intelección del Reino patrio de Valencia. Puesto que hoy suelen identificarse ambos términos, hemos de aclararlos. Así empiezo también por seguir los consejos aportados por el mismo APARISI en su discurso en el Congreso de los Diputados el día 7 de diciembre de 1861: "No usamos la misma lengua, hay en este país y en este tiempo una deplorable confusión de ideas hasta las palabras han perdido su natural significación: sería necesario hasta rehacer el Diccionario de la habla castellana" (1).

Para huir de esta babilónica apretura será preciso comenzar por separar al Tradicionalismo del nacionalismo antes de ver lo que APARISI aplica a su visión de Valencia. Lo cual procuraré hacer mostrando cómo en la Tradición repercute

(1) Antonio APARISI Y GUIJARRO: *Obras*. Madrid, Cinco tomos. T. II (Imp. de "La Regeneración", 1873), pág. 147.

la concepción cristiana del hombre como metafísica que forzosamente labra historia, mientras que la idea de la nación proviene de la concepción positivista del hombre; en la Tradición lo que cuenta es la historia asumida en su virtualidad actuante, en la nación los rasgos físicos.

El lenguaje usual de hoy suele separar a los grupos humanos de niveles superiores manejando lo nacional, no lo tradicional. O sea, entendiendo que los criterios diferenciadores son los rasgos físicos o las expresiones momentáneas de voluntad; acudiendo así a la raza, a la geografía, al color de la piel o de los ojos, al rizo de los cabellos, a la cordillera o al río, ya que no a la fonética o al albur de una decisión plebiscitaria. De suerte que la nación es la diferenciación entre los pueblos echando mano de la visión positivista de los factores políticos. Porque para los nacionalistas los factores físicos o volitivos determinan la separación nacional entre los pueblos de una manera directa. La raza germánica fija a la nación alemana, la península itálica a la nación italiana, el plebiscito en el Sarre dirá si sus habitantes son alemanes o franceses. Los hechos físicos o las decisiones de voluntad penetran directamente en la política y en la sociología sin pasar por el tamiz previo de la historia.

Cara a tales explicaciones la Tradición define a los pueblos como historia acumulada. No es que el tradicionalista niegue, ni siquiera prescindan, de los factores naturales; antes al contrario, tiénelos muy en cuenta en el momento de concretar el caudal concreto de la historia que sirve de punto de partida a la manera tradicionalista

de diferenciar a los pueblos. Pero los asume tamizados por los aconteceres históricos, teniéndolos en cuenta en la medida en que hayan sido capaces de repercutir en la trayectoria histórica de un pueblo. Esto es, negándoles valor político directo y exclusivo, no asumiéndolos inmediatamente. La raza o la geografía repercuten en la Tradición en la proporción en que hayan influido en el acontecer secular de las generaciones que sucesivamente han ido constituyendo la trayectoria centenaria que culmina en la patente realidad de lo que un pueblo es.

Lo que separa, en consecuencia, al nacionalismo del Tradicionalismo es que los nacionalistas definen a un pueblo como realidad política "a se" ateniéndose a lo animalesco del hombre o, con frase menos dura, a las cualidades físicas del hombre: sus cráneos, sus esqueletos, el color de la piel o de los ojos, la modulación fonética de los vocablos. Mientras que los tradicionalistas se atienen a la historia viva, en forma que tales rasgos físicos cobran importancia cuando han servido para ir forjando esa historia común tejida de comunes alegrías y comunes tristezas, de iguales libertades e iguales esclavitudes, de elaboración cultural de los vocablos según el determinado signo simbólico que les vaya atribuyendo la lenta secular utilización que de ellos hagan cadenas de generaciones sucesivas.

Nadie, por ejemplo, entendería a Valencia si fuese a reducir al pasillo geográfico que corre entre el mar y la meseta, ni al vasquismo de los aragoneses, a los restos raciales de contestanos o edetanos, o a los residuos lusitanos de los se-

cuaces de Viriato con quienes el cónsul Junio Bruto quiso fundar la capital, Valencia, ciudad, el año 138 antes de Cristo, según testimonia Tito Livio en el libro 55 de la sexta *Década*: "Junius Brutus consul in Hispania iis, qui sub Viriato militaverant, agros oppidumque dedit, quod Valentia vocatum est". La geografía o la raza son ingredientes que catalizará un hecho histórico: la fundación del Reino por Jaime I en el 9 de octubre de 1238. Aquellos elementos, la raza vasca aragonesa, los habitantes catalanes de la costa, las gentes que perduraron sobre este suelo bajo diversos señoríos de romanos, de visigodos o de árabes, son realidades que penetran en la política cuando Jaime el Conquistador funde un Reino nuevo en sus dos actos fundacionales: primero, dotándole de personalidad aparte, distinta de las de Aragón y de Cataluña; segundo, encerrando la realidad política y social en el cauce institucional que era el Derecho aparte de Valencia.

La necesidad de separar a los pueblos por tradiciones y no por datos nacionales resulta de la condición misma del ser humano. Lo que nos distingue del animal es que en el animal el saber biológico, inscrito en los cromosomas y plasmados en el instinto de la especie, predomina sobre los saberes sociológicamente adquiridos; mientras que, por el contrario, en el hombre el saber sociológico es infinitamente más importante que el biológico. Los hombres sabemos casi todo por la vía extrabiológica del aprendizaje; sin duda porque en verdad somos abortos de la naturaleza, nacidos antes de cumplir el completo ciclo de

la vida dentro del claustro materno. Apenas rompa el cascarón un patito sabrá nadar si topa el agua cerca y estará en condiciones de defenderse en la lucha por la vida; al paso que un niño recién nacido y abandonado a su suerte, perecería sin más por su incapacidad para procurarse alimentos por sí solo y porque la protección de su cuerpo contra el ambiente no basta para salvaguardarle de éste.

Es el saber sociológico aprendido de otros hombres, o sea, la Tradición, lo que separa al hombre del animal. Lo ha dicho bajo su firma un varón poco sospechoso, ORTEGA Y GASSET, cuando escribía: "Lo que diferencia al hombre del animal es ser un heredero y no un mero descendiente; la herencia de todos los afanes humanos ha venido a enriquecernos; lentamente se han ido inventando virtudes, las reglas metódicas para el pensar, los tipos ejemplares del gusto, la sensibilidad para las cosas remotas, y todo ello ha ido encubriendo, ocultando, la bestialidad de nuestra materia original" (2).

APARISI Y GUIJARRO emplea esta concepción tradicionalista y orteguiana de la diversificación entre las gentes, dando de lado a la idea positivista de las diversificaciones mediante los rasgos físicos. En el folleto *Restauración*, escrito ahora hace justamente cien años, comparaba la formación de un pueblo en la lentitud de la historia al pausado crecer de un árbol robusto. "¿Cómo se forma la constitución íntima de un

(2) José ORTEGA Y GASSET: *Renán*. En *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente. T. I (1950), pág. 460.

pueblo? —se decía—. Si me lo preguntáis, contesto: ¿Y qué sé yo? ¿Cómo se forma la lengua de un pueblo? ¿Lo sabéis vosotros, ¿Cómo se forman los metales en las entrañas de los montes? De una semilla perceptible apenas, ¿en qué manera nace y crece un árbol robusto y hermoso que da sombra a la tierra, nido a las aves, y frutos al hombre?” (3).

Eran interrogaciones a las que había respondido en el artículo titulado: *Discurso del Señor Rústico en las Costes constituyentes*, publicado en el número de “La Regeneración” correspondiente al mes de febrero de 1870, en los siguientes términos: “Señores, no debemos olvidar lo que forma verdaderamente el lazo que constituye una nacionalidad. No lo constituye el lenguaje, no lo constituye la geografía, no lo constituye siquiera la unidad de raza; lo constituyen la gran comunidad de recuerdos gloriosos” (4).

Planteamiento correcto, a mi humilde juicio.

Y lo curioso es que tal planteamiento está recogido por otros escritores valencianos, incluso de los que a primera vista parecerían más extraños a la mentalidad de APARISI. Por el que parece más apartado, perdido en las lejanías de los antípodas ideológicos, Vicente BLASCO IBÁÑEZ, apúntalo Martín DOMÍNGUEZ BARBERÁ en su magno estudio *El tradicionalismo de un republicano*. En el capítulo III de *Los argonau-*

(3) A. APARISI Y GULJARRO: *Obras*, t. IV (Imp. de Folguera, 1874), pág. 265.

(4) A. APARISI Y GULJARRO: *Obras*, t. III (Imp. de “La Regeneración”, 1873), pág. 236.

tas teorízalo aquel raro personaje, entre erudito y mísero, que en varias novelas de BLASCO IBÁÑEZ llámase Isidro Maltrana, cuando exclama: “Nuestra patria verdadera está allí donde esbozamos el alma, donde aprendemos a hablar, a coordinar las ideas por medio del lenguaje y nos moldeamos en una tradición” (5).

Tesis que, no menos sorprendentemente, topamos en otros escritores contemporáneos, de los de primera fila en la Valencia de hoy. Pues ¿no ha sido Manuel SANCHÍS GUARNER en *La llengua dels valencians* quien ha escrito que “el patriotismo consisteix essencialment a replegar el llegat espiritual rebut dels nostre avantpassats, en la continuïtat de la tradició cultural, en una fidelitat serena a les formes indígenes que evite ensems las avaluacions excessives i les renúncies covards”? (6). ¿No ha sido Joan FUSTER en su *Examen de consciència* quien ha admitido el valor sociológico de la Tradición como clave de las peculiaridades humanas al asentar que “el passat, passat està. Hem d'enfrontar-lo o d'afrontar-lo, perquè segueix vivint en nosaltres”) (7). ¿No ha sido el propio Joan FUSTER quien ha ensanchado esta noción personal a una completa sociología tradicionalista al concretar en su *Nosaltres els valencians* que “un poble, a cada mo-

(5) V. BLASCO IBÁÑEZ: *Obras completas*: Tres tomos. Madrid, Aguilar, t. II (1958), pág. 540 b. Las alusiones de Martín DOMÍNGUEZ BARBERA en *El tradicionalismo de un republicano*. Tres tomos. Sevilla, Montejurra. T. II (1962), pág. 7.

(6) Tercera edición. Valencia, Garbí, 1967, pág. 10.

(7) Barcelona, Edicions 62, 1968, pág. 20.

ment, és alló que l'ha fet la seva historia: el seu passat íntegre gravita en la seva actualitat, la condiciona"? (8). ¿No ha sido Francesc ALMELA I VIVES en *Valencia y su Reino* quien ha identificado continuidad con tradición al definir lo que valenciano sea? (9). Y, por no acumular más fatigosas citas comprobadoras, no ha sido Martín DOMÍNGUEZ BARBERÁ quien en el espléndido joyel que es su poema *Arbres*, flor natural en los juegos florales de Lo Rat-Penat de 1955, definía en versos de lustroso corte clásico:

"Ai del poble que talla els seus boscs mil·lenaris
i abandona els solcs patris de les pròpies collites!...
Més que per la naixença, s'és bord si es balafia
l'heretat patrimoni." (10)

No causará, por ende, novedad si hablo de una concepción tradicionalista de Valencia, la que definió Antonio APARISI Y GULJARRO, la que aliena en los clásicos del pensamiento valenciano, la que perdura en los escritores de los postreros cien años, por más que algunos hayan sido luego infieles a las premisas tradicionalistas en sus ulteriores desarrollos.

(8) Barcelona, Edicions 62, 1962, pág. 216.

(9) Valencia, Mariola, 1965, pág. 17.

(10) Valencia, F. Doménech, 1957, pág. 10.

2. TRADICIONALISMO Y NACIONALISMO EN LA CONCEPCIÓN DE VALENCIA.

La consecuencia lógica de esta concepción tradicionalista y no nacionalista, historicista y no positivista, del pensamiento político es la idea de Valencia como Reino, la figura del Reino de Valencia perfilada como entidad histórica, sociológica, cultural, política y jurídica con característica personalidad propia. En el Reino fúndese el factor geográfico desde Morella hasta Guardamar, la banda del litoral apoyada en la cordillera ibérica que sirve de esqueleto montuoso vertebral a la Península; el elemento racial, mezclando a los aborígenes las capas sucesivas de población que son el poso de las sucesivas dominaciones de romanos, visigodos y árabes, aumentadas por los dos grupos fundadores de los aragoneses de remoto entronque vascón y de los romanizados catalanes; el dualismo de las dos lenguas: el aragonés que, cual el castellano, es latín hablado con fonética vasca, y el catalán, transido de mucha mayor romanización; y el Derecho, armónica y tensa síntesis entre el Derecho romano que anima a los *Furs* decretados por Jaime el Fundador, junto con los flecos de leyes aragonesas e incluso musulmanas que son su orla impuesta por las necesidades de la conquista.

En una contemplación tradicionalista del Reino de Valencia los ingredientes que componen lo valenciano ayúntanse desmenuzados pasando a través del tamiz de la historia sin desmedro para ninguno de ellos. El espíritu catalán es mayo-

ritario, porque fue mayoría el núcleo catalán entre los fundadores; la lengua catalana, atemperada a decires nuevos con validez de dialecto personificador, es la lengua usada por la más numerosa parcela de los habitantes, sin por eso pretender rigores de exclusiva; el Derecho, maduro en el conjunto de las instituciones forales, compendia al par que jerarquiza y que unifica los elementos integrados. Es la historia, cuajada en las instituciones regnícolas y en los Fueros, en la política, en la administración y en el Derecho, aquello que hace posible la existencia de la personalidad de Valencia por encima de la disparidad de sus factores componentes. Las gentes de origen catalán o de origen aragonés, con sus peculiaridades respectivas, cobran unidad en la realidad histórica del Reino. De manera que el Reino, o si preferís en la realidad de ahora lo valenciano, se rompería apenas antepongamos un criterio nacionalista a un criterio tradicionalista.

Con el nacionalismo, Valencia se rompe. Únicamente merced a la perspectiva tradicionalista puede existir sociológicamente lo valenciano y podría existir políticamente el Reino de Valencia. Si planteamos el problema con miras nacionalistas, si remontamos más allá de la historia que los engarza a la primitiva dimensión de los dos pueblos fundadores, Valencia moriría. Cada uno de sus pedazos, desprendidos de la necesaria exigencia unidora de una historia ya larga de siete siglos, marcharía por su lado. Las gentes de estirpe catalana sustituirían al dialecto valenciano por los decires del Principado, renega-

rían del legado gloriosísimo de las instituciones forales y terminarían por considerarse meros apéndices de una Cataluña imperialmente dilatada. Las gentes de estirpe aragonesa hablarían una lengua ahora equiparable a la castellana, levantarían sus manos contra la hegemonía mayoritaria formada por los oriundos de Cataluña y se desentenderían de cualquier tipo de valencianía. Si, en lugar de la historia, prescindimos de ella; si echamos por la borda la hazaña fundadora de Jaime I; si ignoramos voluntariamente su querer de edificar el Tercer Reino, y reino mixto, en el seno de la confederación catalano-aragonesa; si borramos los años que corren desde 1238 hasta 1972 para volver a colocar las cosas tal como se hallaban en los momento de la pugna fundacional que oponía a catalanes con aragoneses en la lengua, en la cultura y en el Derecho, Valencia se quebrará en dos pedazos. Solamente la historia viva y ayuntadora de estos setecientos treinta y cuatro años, junto con la concepción tradicionalista de que a través de la historia hay que asumir los elementos fundadores, permiten que Valencia exista. Si no concedemos a la historia su tarea cribadora de los datos físicos o de los factores culturales, si retornamos a los rasgos previos, olvidadizos de lo que supone el quehacer histórico, hemos destruido a Valencia. El gran contrasentido de cualquier tipo de nacionalismo valenciano, a causa del dualismo regnícola, es que acaba, quiéralo o no, por demoler lo que lo valenciano es.

3. EL EQUILIBRIO DEL DUALISMO VALENCIANO.

Porque la primera calidad de Valencia es el dualismo de los ingredientes que la historia ha integrado institucional, política, jurídica y sociológicamente en los años del Reino, los que van desde 1239 hasta 1707; con tanto vigor que no han conseguido destruirlo ni el bárbaro absolutismo europeizante del tirano Felipe V, ni los alimbarados confusionismos liberales de la etapa romántica, ni el caciquismo silvelista de la máquina de un canovismo aquí sin el menor arraigo, ni las mudanzas varias a que hemos asistido en el siglo que vivimos. La sombra del Fundador perdura todavía, no sé yo por cuanto tiempo aún, con su voluntad de levantar Reino nuevo con aragoneses y con catalanes, pero sin que los miembros del nuevo Reino fuesen ya ni catalanes ni aragoneses, sino sencillamente valencianos.

Ya sé de sobra que los equilibrios históricos y los contrapesos sociológicos son harto frágiles. Ya sé que, pese al predominio mayoritario del elemento catalán, ha habido otras épocas en que se dio el predominio de los no propiamente catalanes. El siglo xv es un siglo de hegemonía cultural catalana cuando escriban en lengua orgullosamente apodada de valenciana los notarios redactores del *Tirant lo Blanc*, Jaume ROIG retrate en su *Spill* las intimidades femeninas o Ausias MARCH traslade a sus versos, limpiísimos como arroyuelos de montaña, las páginas filosóficas de Santo TOMÁS DE AQUINO. El siglo xvi, en

cambio, es tiempo de predominio de la lengua aragonés-castellana, desde que Martí DE VICIANA redacta en 1574 su *Libro de las alabanzas de las lenguas* o Pere Antoni BEUTER traslade al castellano en 1550 su *Crónica* famosa, hasta que Guillén DE CASTRO construya alguna de las más perfectas comedias que conoce la lengua de Castilla. Pero unos y otros son valencianos. Un nacionalista que olvidase la historia que forjó la Tradición unidora de Valencia y que se refiriese a un solo idioma como el propio exclusivo del pueblo valenciano, tendría que prescindir de algunos de estos períodos de grandeza literaria. Si era nacionalista del grupo minoritario de SEGORBE o de ENGUERA, rechazará como valenciano el *Spill de les dones* y el *Tirant lo Blanc*. Si era nacionalista del grupo mayoritario de la costa repudiará por no valencianos a Juan DE TIMONEDA o al canónigo TÁRREGA. En cuyos dos casos Valencia sería cuerpo roto, pueblo fragmentado, sacrificado en las aras de los dos nacionalismos que siguen enfrentando el sector aragonés al sector catalán, cual si cuarenta generaciones de historia única con reyes, cortes y fueros peculiares, no supusieran absolutamente nada, como si nunca hubieran sido carne histórica los cinco siglos de vida del Reino de Valencia.

Doloroso ejemplo de esta rotura de Valencia en dos mitades contrapuestas, consecuencia de haber planteado la cuestión en términos nacionalistas y no tradicionalistas, es la insigne obra literaria de un hombre a quien conozco solamente a través de sus libros, seguido siempre por mí con pasión admirativa: Joan FUSTER. Por su

egregia personalidad quiero tomarle como ejemplo; y bien sabe Dios lo mucho que quisiera equivocarme en lo que a continuación digo y cuánto me alegraría si él, pluma en ristre, destruye el nervio de lo que ahora paso a razonar.

4. UN EJEMPLO: JOAN FUSTER.

Contra las críticas que comúnmente se nos achaca a nosotros, los carlistas, de retrotraer las cuestiones del presente a los tiempos que pasaron, de que somos nostálgicos arqueólogos de tesoros imposibles, es curiosa la confesión de Joan FUSTER en *Nosaltres els valencians* de que para él la historia no cuenta, que estos siete siglos han de darse de lado, porque él vive en función del siglo XIII. "Nosaltres, els d'avui, som uns valencians que datem del XIII" (11). O sea, que la mayoría de los valencianos de hoy, los de estirpe catalana, viven en función de la situación del siglo XIII, sin importarles nada lo que fue el Reino de Valencia en su existencia secular.

Encerrado en el marco del siglo XIII, Joan FUSTER medirá los hechos pasados y presentes con la vara medidora de la hostilidad de los catalanes contra los aragoneses rivales, tan característica de los años de la fundación del Reino de Valencia. Bajo tales miradas, Valencia aparécese por pueblo anómalo, sujeto a la incertidumbre de ignorar lo que verdaderamente sea. Es el punto de partida, precisamente, de sus meditaciones.

(11) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 17.

En la opini3n de Joan FUSTER “el valencià, quan pensa en la seva identitat de poble, es troba incert: pressent que no és carn ni peix” (12).

Opini3n general, por lo demás, no aislada suya: “El desconcert ‘nacional’ —palabra subrayada por Joan FUSTER mismo— no és cap secret per a ningú” (13).

Ni tampoco es cuesti3n extrínseca. No le viene al valenciano la sensaci3n del desconcierto de causas exteriores, sino de la dualidad misma de las raíces de Valencia. “La nostra feblesa no depèn dels atacs i de les maquinacions d’un enemic hipotètic o real, com d’una predisposici3n pròpia, anterior, que no ens permet de contrarestar los amb eficiència, i posterior, que ens impedeix de superar-ne els resultats desastrosos” (14).

Valencia es, en consecuencia, “un poble anòmal” (15). Anomalía que resulta de la persistencia constante del enfrentamiento entre sus factores componentes, de que sigue abierta la pugna de los catalanes con los aragoneses. O sea que, de seguir a Joan FUSTER, han sido baldíos los siete siglos y medio de tradici3n histórica. Esto es, no existe Tradici3n de Valencia, ya que su análisis de Valencia le enseña que siguen frente a frente los elementos fundacionales, sin fundirse lo catalán con lo aragonés en la síntesis de lo valenciano. Es un hombre del siglo XIII, que sal-

(12) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 8.

(13) *Ibidem*.

(14) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 9.

(15) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 10.

ta desde 1972 hasta 1239 como si no contasen para nada cuarenta generaciones de valencianos haciendo historia. El fracaso de Valencia radica en que la historia no ha cuajado en Tradición valenciana y, al no existir Tradición valenciana asumidora de los factores previos en síntesis superior que es lo valenciano, hay que retroceder la cuestión a los términos con que estaba planteada en el siglo XIII. O sea enfrentando dos factores naturales, dos razas y dos lenguas. El nacionalismo construido sobre el positivismo decimonónico es el arma intelectual de que Joan FUSTER se sirve para demoler la Tradición valenciana, para repudiar las instituciones y el espíritu de los cuatrocientos sesenta y ocho años en que hubo un Reino de Valencia, los que median entre la hazaña fundadora de Jaime I en 1239 y la destrucción bárbara por manos del francés europeo Felipe de Anjou en 1707.

Puestas así las cosas, siendo Joan FUSTER, un catalán del siglo XIII y no un valenciano del siglo XX, la solución es muy sencilla. Será la suya la salida nacionalista, despectiva de la Tradición labrada por la historia. Hay que acabar con el dualismo, porque el dualismo no ha sido superado pese a la Tradición secular de instituciones, de cortes y de Fueros. Exactamente igual que en 1239, en 1972 el problema sigue siendo el mismo; y Joan FUSTER lo expresará con sus galanos talentos al sostener que hoy, también como entonces “els valencians-catalans no troben la manera de conciliar en la llur uns elements —aragonesos, castellans, murcians— que li són estranys. Solament la inèrcia històrica fa supor-

table la conjunció de grups tan dissímils" (16). Para el pensador de Sueca la Tradición no existe, porque carece de vida; es un cuerpo muerto que oprime con el abrazo letal de los muertos, es el frío helado de una insoportable inercia histórica.

La historia no ha logrado una Tradición de Valencia. Todo está tal como en el siglo XIII. "Hi ha —escribe este catalán del siglo XIII— els valencians de llengua catalana i els valencians de llengua castellana, uns i altres geogràficament circumscrits. La frontera que els separa —una frontera impalpable, de formes de parlar, però també de mentalitat— no ha canviat gens al llarg dels segles. Quan l'hegemonia catalana disposava d'institucions polítiques i tenia expedit el recurs de l'assimilació de les comarques idiomàticament dissidents, la penetració no fou profunda: potser no ho podia ésser. Tampoc les modernes compressions castellanitzadores no han fet recular el català dels seus límits inicials. La 'dualitat' es manté, sobre el mapa, en els mateixos termes que el primer dia" (17).

Con el criterio nacionalista de Joan FUSTER no hay más Valencia que la Valencia de los catalanes, quedando excluidos los valencianos de herencia aragonesa. Para este catalán del siglo XIII que no llega a sentirse plenamente valenciano, que proclama el fracaso de la Tradición valenciana, la solución está en expulsar de Valencia a los valencianos no catalanizantes, aun a

(16) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 95.

(17) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 96.

costa de recortar los límites geográficos del viejo Reino. Confiésalo a la letra en *Nosaltres els valencians* cuando escriba que “la veritat és que, en una redistribució utòpica però racional dels pobles peninsulars, les contrades no catalanes del País Valencià tindrien el lloc just en les demarcacions limítrofes amb les quals conserven una profunda afinitat: Aragó, Castella, Múrcia. L’afinitat, de fet, no solament és d’origen, d’estirp: en molts casos es tracta també d’una vertadera continuïtat geogràfica i social” (18).

Valencia sin aragoneses: la misma pretensión de los catalanes en 1239, que es la que corresponde a este catalán del siglo XIII, cuando da por fracasada la Tradición fruto de la historia del Reino de Valencia. Que los rasgos de la lengua o de la raza rompan lo que construyó Jaime I, que la obra de Jaime I se destruya, que los nacionalismos enfrentados en el suelo valenciano estallen como una traca para que Valencia se fragmente en las dos naciones de aragoneses y de catalanes. Que Valencia muera, en nombre del nacionalismo pancatalanista. Esto es lo que pide Joan FUSTER en *Nosaltres els valencians*. “Ja sé, és clar, que cap ‘poble’ no és una entitat ‘natural’, sino un producte històric. Però és la història la que ha fet la ‘dualitat’ valenciana, i la que determina les afinitats nacionals de les seves branques. Per això el País Valencià és una col·lectivitat inconnexa: perquè es perpetua en una absurda inadequació de fronteres” (19).

(18) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 100.

(19) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, págs. 100-101.

En tales textos palpita la perspectiva nacionalista de Joan FUSTER, por más que no se compadezca mucho ni poco con las premisas tradicionalistas antes señaladas. Apela a la “redistribució racional” del país valenciano, esto es, a prescindir de la historia y de la Tradición que es el precipitado de la historia de Valencia. Por eso es por lo que habla del “País valencià”, sustituyendo al Reino de Valencia, que era historia, por el país valenciano, que es pura geografía. Por el mismo motivo por el cual atribuye a cada uno de los sectores que la Tradición había apuntado, al castellano-aragonés y al catalán, “afinitats nacionals”, afinidades nacionales. Puesto que no cabe una nación valenciana, el nacionalismo valenciano halla dos bien definidas y quiere que cada uno de esos pedazos de la Valencia rota se vaya por su lado, atraído por las respectivas afinidades nacionales de cada uno de ellos.

Es de esta suerte como el nacionalismo valenciano destruya a Valencia en los escritores nacionalistas, aquí considerados en la figura insigne de un pensador de tanta magnitud como Joan FUSTER. Y repito lo mucho que me placería que la clara mentalidad de Joan FUSTER me demostrara lo equivocado de mi análisis.

5. LOS CRITERIOS FUNDADORES DE JAIME I.

El nacionalismo es la antítesis de la Tradición de Valencia, tal como empieza ya desde el fundador Jaime I. Es imposible trazar en breve la trayectoria de la Tradición valenciana. Baste por

apuntar que la tendencia nacionalista que sacrifica Valencia al choque entre dos nacionalismos es cabalmente lo contrario de lo que quiso Jaime el Conquistador.

Jaime I quiso que, por encima de la disparidad dualista de los elementos componentes, Valencia fuese Reino, el tercer Reino de la confederación aragonesa, igualado al Principado y a Aragón, hermano más joven pero no segundón, “hereu” y no “fadristern” como dice donosamente Martí DOMÍNGUEZ BARBERÀ en *La tradición valentina* (20). Tendrán el mismo rey, pero poseerá cortes y virrey propio, instituciones claramente separadas. Su Iglesia será objeto de disputa entre las aspiraciones primadas de Toledo y de Tarragona, ya anotó Juan B. PERALES al continuar las *Décadas de la historia de la insigne y coronada ciudad y Reino de Valencia* de Gaspar ESCOLANO (21). La abundancia de la población morisca daba pie a la peculiaridad de una nueva estructura social patente hasta en la toponimia, observación ya antigua del mismo Gaspar ESCOLANO (22). Su legislación era aparte, pues basta leer el *Speculum principum* de Pere BELLUGA cuando advierte va a tratar del Derecho existente en Valencia, no en Aragón ni en Cataluña, porque “ut quamvis omnes sint sub uno Rege et presidatu, respectu tamen diversorum titulorum: quia ut Aragonum Rex, non est Valentiae, nec Comes

(20) M. DOMÍNGUEZ BARBERÀ: *El tradicionalismo de un republicano*. T. II, pág. 109.

(21) Valencia-Madrid, Terraza, Aliena y Compañía. Tomo III (1880), págs. 17 b-18 b.

(22) G. ESCOLANO: *Décadas* I, pág. 85 a.

Barchinonae. Imo habet suas divisas stationes, et diversa fiscalia iura, et leges diversas" (23) ; separación legal e institucional reconocida por las propias cortes catalanas en boca del obispo de Barcelona cara a Alfonso el Magnánimo en las cortes barcelonesas el 22 de septiembre de 1431 (24) y proclamada por los delegados de las cortes valencianas al leer la cédula de presentación ante el parlamento congregado en Tortosa el 29 de febrero de 1412, expresando que el parlamento valenciano, "lo dit parlament general representa lo hunivers del dit regne, e aço és xert manifest e notori" (25). ; Si hasta la vida íntima de los valencianos en la época foral está ungida de un pálpito de particularismo en las descripciones que acumuló el docto José SANCHIS SIVERA en sus artículos en los *Anales del Centro de Cultura valenciana!* (26).

Según he mostrado en el volumen II de mi *Historia del pensamiento político catalán*, consagrado a *La Valencia clásica*, la doctrina consagrada en los *Furs* lleva impreso el sello de la voluntad fundadora del Conquistador, su decisión de que Valencia sea entidad nueva, distinta de Aragón y de Cataluña, lo contrario exactamente de las teorías nacionalistas que pretenden redu-

(23) PERE BELLUGA: *Speculum Principum*. Bruxellae, typis Francisci Vivieni, 1665, pág. 96.

(24) *Cortes de Cataluña*. Madrid, Fortanet. XVII (1913), pág. 67.

(25) *Cortès de Cataluña*. IX (1905), pág. 353.

(26) En los *Anales* V (1932), págs. 229-243; VI (1933) págs. 36-42, 65-80, 109-120, 149-162; VII (1934), págs. 41-53, 69-82 y VIII (1935), págs. 1-13.

cir Valencia a uno solo de los dos elementos por Jaime I ayuntados con querer de permanencia, de unidad y de crear un cuerpo político con personalidad independiente. En efecto, en los *Furs*, en el prólogo, tanto en la redacción primera del manuscrito de 1239, hallado por Roque CHABÁS en el archivo municipal de la Ciudad y publicado como apéndice en su libro *Génesis del Derecho foral de Valencia* (26), cuanto en la redacción que pasó a la primera edición impresa en el siglo xv bajo el título de *Furs e ordinations fetes per lo gloriós reys daragó als regnícols del Regne de Valencia* (28), queda perfectamente claro que las leyes del Fuero son dictadas exclusivamente por voluntad del Rey, sin mediar intervención ni pacto con ningún cuerpo representativo. Dictó leyes nuevas para el Reino nuevo, tal como quiso hacer nuevo el Reino de Valencia. Está ya en la tesis del "Prólogo" para frenar posibles pretensiones de la nobleza en la gobernación. Al enumerar los presentes a la promulgación separa con precisa meticulosidad el papel de los obispos y eclesiásticos, que son los técnicos legistas, del quehacer de los nobles, que le ayudarán en la conquista valenciana. Al citar entre los primeros al arzobispo de Tarragona, a los obispos de Barcelona, Huesca, Zaragoza, Tortosa, Tarazona y Vich, dice promulga los *Fueros* "ab volutat i ab consell" de ellos; al dar la lista

(27) Valencia, Imprenta de Francisco Vives Mora, 1902, págs. 3-5.

(28) Valencia, Lambert Palmar alemany, 1484, folio 15 vto. a-b.

de los nobles presentes al magno acontecimiento, entre los que se cuentan los mayores vástagos de las mayores casas de Aragón como de Cataluña, encabezadas por el vizconde de Cardona Ramón Folch y los dos Moncadas, Pedro y Guillermo, recalca lo hace "ab consell dels nobles barons". Cuando dicta los *Fueros* Jaime I procede ya como Rey de Valencia, sin tener para nada en cuenta las pretensiones de los miembros del Principado catalán o del Reino aragonés. Por ello no pacta leyes con nadie, ni las declara en cortes a cambio de subsidios; las dictó con la misma decisión exclusiva con que fundó al Reino nuevo. La promulgación de los *Furs* es para él acto de conocimiento, sin que en ningún momento se trate de establecer nuevas leyes conjuntamente con nadie (29).

La voluntad fundadora de Jaime I sintetiza, une, agavilla los elementos componentes, las lenguas diversas, las personas dispares, las aspiraciones contrastadas. Todos formarán una nueva entidad política: el Reino de Valencia, que a partir del momento de la fundación entra en la historia para formar Tradición nueva con sus leyes propias, con sus instituciones peculiares. Sería tarea interminable relatar aquí cómo este espíritu fundacional ha empapado siglo tras siglo a los valencianos. Si hoy, con el nacionalismo llamado valencianista pero que destruye Valencia, búscase volver a la situación conflictiva ante-

(29) FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA y GABRIELA PÉRCOPO: *Historia del pensamiento político catalán*. Sevilla, Montejurra, t. III (1965), págs. 19-20.

rior a 1239 contraponiendo aragoneses a catalanes para sustituir la unida variedad establecida por Jaime I por la dualidad que rompa a Valencia en dos pedazos, se está renegando de la empresa fundadora, se está destruyendo lo que Valencia es.

Harto se dolerían en sus huesas los magnos varones que de tiempos vienen definiendo la Tradición valenciana, fieles a las líneas cardinales indicadas por el Rey fundador. Quejaríase Francesc EXIMENIS, que ya advertía en el siglo XIV como “el poble valencià sia poble especial e elet entre els altres de tota Espanya” (30); y extrañaríase Lorenzo MATEU Y SANZ quien, en los años del melancólico Barroco, en las vísperas de la barbarie borbónica, complaciase en asegurar una diferencia que para sus manos de jurista provenía de que “cum diverso iure fruamur” (31).

6. LA TEORÍA FORAL EN APARISI Y GUIJARRO.

Porque la unión estaba en el lazo institucional y porque la suprema cristalización de las instituciones está en los *Fueros*, la estima o desestima de los *Furs* servirá siempre de piedra de toque para la calificación de tradicionalista o de nacionalista en la trayectoria del pensamiento político valenciano.

(30) Francesc EIXIMENIS: *Regiment de la cosa pública*. Barcelona, Barcino, 1927, pág. 35.

(31) Lorenzo MATEU Y SANZ: *De regimine Regni Valentiae*. Lugduni, Anisson et Joannis Posuel, 1704, página 79 b.

Ni que decir tiene que los juristas y los políticos regnicolas han considerado, sin excepción alguna, a los *Fueros* como la medida del tradicionalismo valenciano, puesto que son la concreción fija y clara de las peculiaridades del Reino asumido como entidad política aparte. Desde EXIMENIS en el siglo XIV hasta Francisco Xavier BORRULL en los albores del XIX el acuerdo es unánime en ponderar la definición de lo valenciano con arreglo a los *Fueros*, en identificar a los *Furs* con la tradición del Reino de Valencia.

A fuerza de sentirse integrado dentro de ella, APARISI mantendrá la bandera de los Fueros, siendo evidente que de su fuerismo y de estudiar la querella dinástica con sus armas de esforzado jurista, manaron los impulsos que le movieron a abandonar los campos de la usurpación para pasar con todas sus fuerzas a las tiendas de la Legitimidad. Pero su foralismo, igual que su Carlismo, es la meta de un largo caminar en el que fatigosa y reciamente fue depurando sus doctrinas a lo largo de muchos años.

Cierto es que, cual Martí DOMÍNGUEZ BARBERÀ ha notado, APARISI parece ignorar los clásicos de la Tradición política de Valencia (32). Es que su primera formación fue la del católico a secas, la de quien se consagra exclusivamente a la defensa del Catolicismo, llevado por un vaticanismo parejo al que luego desenvolverán los secuaces del cardenal Angel Herrera y que en sus días ya abanderaba Jaime BALMES. Incluso en el tercer

(32) M. DOMÍNGUEZ BARBERÀ: *El tradicionalismo de un republicano*. T. III (1962), pág. 49.

decenio de su vida bajó hasta a blasfemar contra Valencia patria, cuando se despeña al elogio de la triste rota de Almansa en la revista "La Restauración" del 28 de enero de 1844, en la primera de sus cartas de *Observaciones sobre el estado político y religioso de España* (33). Aunque muy pronto dióse cuenta, a razón del gran jurista que era, de la contraposición del Derecho valenciano inscrito en los *Furs* a las fórmulas extranjeras importadas en los textos constitucionales como si quisiera borrar aquel su pecado de lesa patriotismo y de lesa valencianía, en la quinta carta de la misma serie, publicada en "La Restauración" del 3 de marzo de 1844, intuye a los Fueros al rechazar las Constituciones liberales, que son, en sus palabras, "parodias de Constituciones francesas (e) inglesas" (34).

Desde que pisa el parlamento isabelino la memoria de los Fueros es cada día más tenaz, como reacción contra las importaciones doctrinales extranjeras y pese a su alejamiento de los maestros de la Tradición patria, más intuitos que leídos. Discutiendo en la sesión del 27 de enero de 1859 la venta de los censos, increpa al progresista Pascual MANDOZ por su inventerado galicanismo político. "¡Que me he burlado de las leyes! —protestaba—. No es verdad. Me he burlado, sí, de ciertas doctrinas que habéis aprendido de M. Guizot en París, que no las habéis aprendido en Aragón, cuyos Fueros, a pesar de

(33) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. III, pág. 81.

(34) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. III, pág. 104.

que sabéis muchas cosas, seguramente no conocéis muy bien" (35).

Era todavía un tiempo en el que su perfil estaba dibujado por el de católico a secas, ni conservador ni progresista, cuando aún se limitaba a recoger la Tradición a beneficio de inventario según sus palabras en la misma sesión (36). Lo que le apremiaba entonces exclusivamente era resaltar el afrancesamiento del sistema parlamentario isabelino, oponiéndole la auténtica representatividad de las instituciones forales españolas (37). Juicios de transición desde el vaticanismo al Carlismo que van empedrando sus ulteriores intervenciones en las Cortes; cuales la del 17 de febrero de 1859 al lamentar la entelequia raquíptica del árbol sagrado de Guernica en los tiempos que corrían, polemizando con ARDANAZ (38).

El desengaño de la dinastía aliado al desengaño del sistema isabelino le aproximarán a los Fueros paulatinamente. Ante el escándalo de los procedimientos electorales y ante el hecho de que las cortes estuvieran constituidas por diputados que en su mayoría ocupaban cargos a sueldos del Gobierno, presenta el 11 de febrero una proposición con ánimo de cortar tales abusos, por lo demás entre nosotros harto habituales, y encuentra la ocasión para invocar los Fueros, aunque sea con timidez de neófito. "Yo os lo con-

(35) A. APARISI Y GULJARRO: *Obras*, t. II, pág. 27.

(36) A. APARISI Y GULJARRO: *Obras*, t. II, pág. 33.

(37) A. APARISI Y GULJARRO: *Obras*, t. II, pág. 29.

(38) A. APARISI Y GULJARRO: *Obras*, t. II, pág. 50.

fieso, señores —dirá— soy un poco fuerista; vuelvo de cuando en cuando mis ojos hacia los fueros de mi hermosa Valencia con amor y con dolor; no puedo menos de querer por el interés de mi patria la centralización gubernativa; mas protesto en nombre de la libertad y del derecho contra esa centralización administrativa exagerada y absurda” (39).

Está todavía en el plano administrativo, no ha llegado al nivel foral. Más o menos irá subiendo desde el catolicismo vaticanista hasta el Carlismo, en un caminar inverso al de los carlistas que hace cuarenta años fundaron la Derecha regional valenciana. Lo que sucede es que mientras APARISI va desde el vaticanismo regionalista hasta el Carlismo foral, Manuel SIMÓ MARÍ o Lluís LÚCIA descendieron desde el Carlismo foral al vaticanismo regionalista. Para establecer paralelismo exacto, Antonio APARISI Y GUILJARRO estaba en 1859 donde SIMÓ y LÚCIA se encontraban en 1932. Aquél subiendo, éstos bajando.

Es cuando arribe al Carlismo tras tan fatigosa peregrinación ideológica, cuando APARISI comprenderá los imperativos necesarios que exigían la restauración íntegra de los Fueros de Valencia, del Reino libre de Valencia antes que lo destruyera la pezuña europeizante de Felipe de Anjou, aquel Anjou que vino aquí para vengar el secular odio de los Anjou contra los pueblos de la federación catalano-aragonesa. Ya en el discurso del 9 de abril de 1864, vísperas de su definitivo acostamiento ideológico, repudia la si-

(39) A. APARISI Y GUILJARRO: *Obras*, t. II, págs. 78-79.

tuación de “copistas miserables de las doctrinas galicanas” (40), contraponiéndoles la Tradición foral valenciana, pues sin la historia viva que la Tradición encarna Valencia sería “un pueblo salido del Hospicio” (41).

Hasta que, ya plenamente carlista y en consecuencia totalmente fuerista, el 17 de abril de 1871 defina en el Senado al Carlismo foral por ejemplo de las verdaderas libertades concretas, en mengua de la abstracta e inexistente libertad revolucionaria a la francesa. “Señores —tronará en el Senado— he de decir una cosa que va a pareceros paradoja. Navarra es esencialmente carlista, porque es verdaderamente libre”. Y como las risas de la incomprensión que en su ignorancia rodeaba como hoy rodea al Carlismo, interrumpieran sus decires, añadía: “¿Os reís? Hay un hecho que es muy natural y que a muchos ha de pareceros extraordinario. ¿Cuáles son las provincias más carlistas de España? Aquellas provincias que conservan vivas todas o casi todas sus libertades; aquellas provincias que guardan un amor más vehemente a sus perdidos, venerandos fueros: Navarra, Las Vascongadas, Aragón, Cataluña, Valencia. ¡Los países o reinos que fueron o son los más libres del mundo!” (42).

Es en los Fueros donde APARISI ha encontrado la verdadera libertad, la libertad a la española por la que venía soñando desde los días en que aún no había roto con la dinastía usurpadora,

(40) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. II, pág. 401.

(41) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. II, pág. 400.

(42) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. II, pág. 505.

mientras arrastraba sus cansados pies por los polvorientos caminos que llevaban al trono madrileño y centralista de la llamada Isabel II. En el Carlismo APARISI Y GUIJARRO identifica sus dos magnos postulados políticos: la libertad a la española y la personalidad del Reino de Valencia. Libertades concretas y personalidad completa. Es que la legitimidad dinástica ampara en sus años postreros su indomable, radical valencia-nía. Dícelo en el discurso del 17 de abril de 1871 en el Senado cuando increpa: "Cuando se levanta el señor Gándara, y dice: soy libertad y debo representar a Navarra, se equivoca grandemente; porque lo que Navarra quiere es lo que tenía, lo que nosotros queremos: la libertad antigua; la hija de las buenas costumbres, la que respeta a Dios, la que sirve a las leyes; en una palabra, la libertad española, que es todo lo contrario del liberalismo francés" (45).

Es cuando rectificará sus viejos errores de 1844, su incomprensión de Almansa y sus juicios sobre el tirano Felipe V. El Carlismo, que es la libertad foral, le ha abierto los ojos. En el folleto *Restauración*, compuesto justamente hace cien años, al que José ACEDO ha llamado "el testamento político de APARISI" (44), definirá su doctrina de los Fueros: "Creo, sin embargo, en mi conciencia, que la pérdida de las viejas libertades de España fue la perdición de España. Vi-

(43) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. II, pág. 507.

(44) JOSÉ F. ACEDO CASTILLA: *Al filo de un centenario: Aparisi Guijarro*. En el "ABC" de Sevilla del 28 de noviembre de 1972.

vas las antiguas Cortes, ni el filosofismo enemigo de la fe católica hubiese escogido a la Península por campo de batalla" (45).

En este momento postrero, lograba ya la cabal perspectiva de la historia de Valencia, el absolutismo del XVIII parécele tan dañino como el liberalismo del XIX. A su idea fija de que la Tradición del Reino de Valencia había sido mixtificada por los liberales agrégase ahora que antes la asesinó el absolutismo del bárbaro Felipe de Anjou. El Carlismo es incompatible con el liberalismo decimonónico precisamente porque lo es con su padre y engendrador el absolutismo dieciochesco. Por eso alza la bandera de los Fueros de Valencia enfrentándose con 1707 y con 1812, contra la tiranía que los mataba y contra la dulce falsificación que engaña.

7. LA HERENCIA DE APARISI EN VALENCIA.

A vuelo de pájaro el pensamiento político valenciano después del paso de APARISI es la historia de la pugna entre su interpretación foral y tradicionalista de una parte, de otra las tesis nacionalistas en el doble cariz catalán y castellano, más el apéndice ahora en boga de la tecnocracia, bien que ésta no haya encontrado que yo sepa ningún teórico de empuje en tierra valenciana.

Consideremos estos cuatro grupos.

(45) A. APARISI Y GULJARRO: *Obras*, t. IV, pág. 273.

Forma el primero el de los nacionalistas a la castellana, amparados en un federalismo pimar-galliano encarnado en la multiforme, y por multiforme imprevisible, personalidad que fue Vicente BLASCO IBÁÑEZ. De donde que desde la otra acera se haya juzgado no llegó a calar el alma valenciana, en la interpretación de Manuel SANCHÍS GUARNER en su libro *Renaixença al país Valencià* (46), por tal motivo funesto en la opinión de Joan FUSTER (47). Pues aunque es cierto que en algún momento Vicente BLASCO IBÁÑEZ evoca los Fueros del Reino de Valencia, concretamente al suscribir el pacto federalista a lo Pi Margall publicado en "El mercantil valenciano" del 16 de abril de 1892 (48), todas las campañas de Félix AZZATI en "El Pueblo", primero contra el movimiento de Valencia nova y luego contra el nacionalismo catalanizante, denotan que el blasquismo implica la ruptura por el lado aragónés del equilibrio forjado por Jaime I.

Un segundo grupo es el integrado por los nacionalistas del bando catalán, con las mismas consecuencias de ruptura en dirección opuesta. No es preciso citar nombres, porque constan en el documentado libro de Alfonso CUCÓ *El valencianisme politic*, libro riquísimo en noticias, pero unilateralmente planteado porque más que a trazar el hilo de una corriente ideológica, viene

(46) Valencia, Tres i quatre, 1968, pág. 64.

(47) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 215.

(48) Reproducido por Alfonso CUCÓ en las páginas 283-287 de su libro *El valencianisme politic. 1874-1936*. Valencia, Garbí, 1971 .

a delinear la historia de la moderna interpretación nacionalista a lo catalán de Valencia. En este grupo, si hablan de los Fueros, es para ignorarlos o para falsear su sentido; sirva de ejemplo el inconcebible libro de Rafael GAYANO LLUCH titulado *Els Furs de Valencia* (49).

El tercer grupo está integrado por los herederos de Antonio APARISI Y GUIJARRO, sea manteniendo la lealtad a la Legitimidad dinástica, sea prescindiendo de ese rasgo.

Entre los carlistas baste recordar al dominico José Domingo CORBATÓ, calificado por Joan FUSTER de “polemista admirable: sólido de doctrina, hábil en l’argumentació, llest” (50), el implacable guerrero siempre en armas contra la militara saguntina que trajo la dinastía usurpadora, cuyo *Essaig de programa regionalista fonamental, tret dels Códichs espanyols y atres fonts autèntiques de les tradicions hispano-furistes u siga los vers fonaments de la vera democràcia y del ver regionalisme valencià*, definen a Valencia, gracias a sus Fueros, por “el poble més lliure i democràtic que hi havia en la terra” (51). Integro en sus posiciones, heredero del entero pensamiento de APARISI, el padre CORBATÓ mantiene enhiesto el estandarte foral con todas sus consecuencias, mientras que otros posibles herederos recortan los Fueros hasta quedarse en la enteca renuncia que es el regionalismo admi-

(49) Valencia, Viuda de F. Menosi, 1930.

(50) J. FUSTER: *Nosaltres els valencians*, pág. 152.

(51) Valencia, Doménech y Taroncher, 1907, pág. 3.

nistrativo a que se redujo la llamada Derecha regional valenciana.

Por más que ayuno de legitimidades dinásticas, es asimismo heredero de APARISI el grupo de Valencia Nova, cuyo principal representante fue el doctor Faustino BARBERÀ I MARTÍ en su folleto *De regionalisme y valentinicultura*, según el cual Valencia ha de ser concebida desde su historia en un valencianismo que procure “mantindre y conreuar lo passat dels pobles, si ha rebut la sanció dels segles” (52).

Línea seguida más recientemente por Vicente GENOVÉS AMORÓS en sus *Problemes metodològics de la historiografia valenciana*, discurso en 16 de marzo de 1935 con ocasión del ingreso en el Centro de Cultura valenciana y en el que expresamente está formulado como “el criteri nacionaliste és insuficient per a la nostra tasca historiogràfica” (53); por Martí DOMÍNGUEZ BARBERÀ en la trilogía *El tradicionalismo de un republicano*, que APARISI habría suscrito por entero; y quien os habla ahora, tanto en el estudio *El pensamiento político de APARISI Y GUIJARRO* (54), cuanto en el prólogo a la *Antología* de las ideas del eximio pensador (55).

No da más de sí el pensamiento valenciano. Aquí hubo carlistas o republicanos, nunca los caquiques canovistas, sin más arraigo en el suelo

(52) Valencia, Francesch Vives y Mora, 1910, pág. 8.

(53) Valencia, Imprenta Fill de F. Vives Mora, 1935, página 15.

(54) Madrid, Universidad, 1948.

(55) Madrid, Editorial Tradicionalista, 1951.

que los favores ministeriales, tan perfectamente retratado por Vicente BLASCO IBÁÑEZ en su *Entre naranjos* en la dinastía de los Brull de Alcira. Que, por lo que concierne a los tecnócratas, han sido rechazados con un siglo de anticipación en los donosísimos y por cierto actuales motivos de la fábula profética publicada por P. F. BAEZA en "El pensamiento de Valencia" nada menos que de 1857 y que reza:

"Cierta joven pretendía,
porque era diestro en charlar,
que bastante se sabía
con dedicarse a estudiar,
tan solo, la teoría:
las reglas así aprendió
de nadar, y de contado
satisfecho se lanzó
al río, ¡qué desdichado!
Al momento se ahogó.

¿Queréis saber si el cuento es alegórico?
Dejaos gobernar por un teórico" (56).

Es que, por encima de las directrices ideológicas, ni la tiranía, ni la hipocresía, ni la tontería, han tenido cabida dentro del alma valenciana.

8. CONCLUSIÓN.

A un siglo de distancia, ésta es la perspectiva del Antonio APARISI Y GUIJARRO, muerto el 5 de noviembre de 1872.

(56) *El Pensamiento de Valencia* I (1857), pág. 468.

Fue pueblo de Valencia, ni señorito cacique ni lacayo apesadumbrado de vileza: "Soy pueblo", clamaba en el Congreso el 9 de abril de 1864 (57). "Mi carne y mis huesos son democráticos; y humilde y pobre, sólo me siento bien hallado entre los pobres y los humildes", añadía (58). "Era pobre... era plebeyo", comentaba Vicente BLASCO IBÁÑEZ por boca del personaje Isidro Maltrana en el capítulo V de *La horda*, por más que le haga la injusticia de indicar que APARISI "deseaba el absolutismo" (59), a causa de que BLASCO IBÁÑEZ ignoraba el sistema de libertades políticas inscrito en la Tradición de los Fueros de Valencia, seducido por el señuelo de las fantásticas libertades abstractas de la revolución francesa.

Por ser pueblo de Valencia y varón de la Tradición valentina, quiso APARISI un orden social justo, asentado en la libertad que no en las bayonetas, la calma de los lagos en lugar de la tranquilidad de las cloacas. Casi copiando el Francesc EXIMENIS del capítulo 157 de *Lo dotzé del Crestià*, en donde se asevera del señor "que si sa terra s'es guanyada per força d'armes que es sia hauda per tiranía e sens tot dret", dirá APARISI el 4 de febrero de 1865 en el Congreso: "Triste país, pensaba yo, en que se libra la paz y el orden social en la fidelidad de un general o de algunos sargentos a su bandera!" (60).

(57) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. II, pág. 405.

(58) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. II, pág. 396.

(59) V. BLASCO IBÁÑEZ: *Obras completas*, t. I (1949), página 1.431 a.

(60) A. APARISI Y GUIJARRO: *Obras*, t. II, pág. 439.

Por ser pueblo de Valencia y varón de la Tradición valentina reclamaba la unidad en la variedad foral, nunca la unificación pétrea de la muerte, tal cual le atribuye Esteban BILBAO EGUÍA en su *Aparisi y Guijarro* para colocarle por precursor de determinadas situaciones que en los escritos de APARISI están repobradas antes de que pudieran existir (61).

Por ser pueblo de Valencia y varón de la Tradición valentina su existencia fue la larga patética andadura desde el anodino catolicismo vaticanista a la férrea seguridad del Carlismo que sabe romperse sin doblarse; ya que el Carlismo satisfacía sus dos anhelos: el del jurista que decide según normas y el del político heredero de la Valencia verdadera, de la Valencia foral y libre antes de que la asesinara el Borbón europeo Duque de Anjou, por azar triste sentado en el trono de Valencia.

No triunfó APARISI, no existen los Fueros valencianos, nadie memora con afanes de restauración el libre, sustantivo, Reino de Valencia. La humanidad, y nosotros que somos parte de ella, escuchamos con dolor la inevitabilidad presente de una de sus *Ideas sueltas*: "Este es el reinado de la mentira; todo es mentira; con el agua la bebemos, con el aire la respiramos. Apenas si hay hombre que diga verdad. Atentos están todos al partido o al negocio, y no son más que tristes esclavos del negocio o del partido" (61).

(61) San Sebastián, Editorial Española, 1941, páginas 37-40.

Y lo peor es que, ante el fracaso de APARISI Y GULJARRO, apenas no queda otro consuelo que la amargura del silencio acorralado. Aunque el silencio, detrás de la amargura biliosamente verde ondea la blancura del ensoñado nardo del mañana. Por decirlo con Xavier CASP, nebuloso, misterioso, oscuro en su poesía de profeta:

"I així vindrà el silenci... amb un nard sangonós entre els llavis del retard!" (62).

(62) Xavier CASP: *Vindrà el silenci. En Jo sense tú (Poema de l'absència present)*. Valencia, Torre, 1948, página 82.